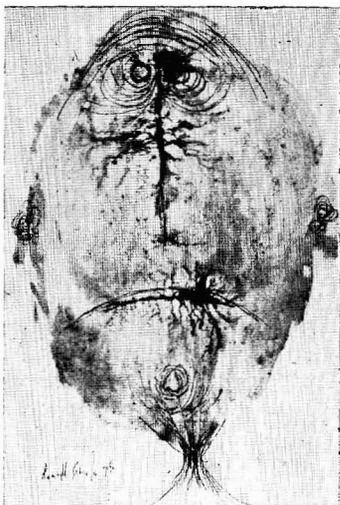


Michael Kalecki establece dos supuestos básicos al estudiar los problemas de financiamiento del desarrollo económico en una economía mixta: a) "No debe haber un incremento inflacionario en los precios de los productos esenciales, en especial de los artículos y alimentos de consumo corriente"; b) "No debe existir ningún impuesto sobre los grupos de población con ingresos bajos o sobre los productos de primera necesidad o esenciales, de tal manera que la restricción de la demanda del consumidor sólo pueda llevarse a cabo aumentando los impuestos directos de los grupos con ingresos elevados o mediante impuestos indirectos sobre los bienes no esenciales." Estos dos supuestos son de gran importancia para el desarrollo económico, porque lo hacen depender en gran medida de la tasa de incremento que experimenta la oferta de los productos esenciales.

Las transferencias de capital de las zonas desarrolladas a las subdesarrolladas y sus tasas futuras de crecimiento económico, son quizá, junto con el problema de autofinanciamiento por imposición, el tema central para una posible programación del desarrollo. Esta parte esencial es tratada por Wassili Leontief, al considerar a las zonas subdesarrolladas como las más pobladas del mundo y productoras únicamente de la séptima parte del producto mundial de bienes y servicios; aunado a lo anterior, su tasa de crecimiento económico es la mitad de la de los países industrializados. Al tratar este tema, toca uno de los puntos más dramáticos de la época actual, que es el de que el contraste entre las zonas más ricas y las más pobres tiende a aumentar en vez de disminuir.

Finalmente J. Tinbergen expone el problema de la planeación óptima, significando con esto la mejor forma de planeación en función del régimen de que se trate, aunque hace especial hincapié en la economía mixta moderna, que es el tipo más común en Occidente en la actualidad.

Cabe apuntar aquí que el libro puede presentar cierta dificultad al lector que no esté muy adentrado en problemas económicos, pues un capítulo como el de J. Tinbergen, resulta demasiado técnico ya que implica cierto dominio de las matemáticas y su aplicación a modelos económicos.



riencias de laboratorio, pueden servir como fundamento para iniciar estudios de las funciones macroeconómicas de producción, en relación con la clasificación de los modelos económicos. Una aportación significativa de este brillante economista francés, es la reducción de los métodos de la planeación francesa a los países en vías de desarrollo, considerando, de una manera muy aguda, las dificultades inherentes a esta reducción; encontramos, por ejemplo, la indicación de que la planeación, desde el punto de vista económico, únicamente puede ser factible en forma autoritaria, ya que a juicio de Bénard, es la única que tiene cierta probabilidad de ser eficaz, por tener que enfrentarse a los grupos privados que hacen predominar sus intereses en perjuicio muchas veces de los intereses colectivos nacionales.

El problema de estabilizar la relación de precios de intercambio es analizado por Nicholas Kaldor, quien lo considera como uno de los más graves a que se enfrentan los gobiernos latinoamericanos. Resalta el hecho de que los países en vías de desarrollo son en lo esencial productores primarios, que se sostienen exportando uno o, cuando mucho, unos cuantos productos agrícolas o mineros. Como solución a este complejo panorama que afrontan los países del África negra, Asia y las economías menos avanzadas de la América Latina, el profesor de la Universidad de Cambridge propone la regulación de la producción y exportación de las mercancías primarias, de tal forma que se hagan simétricas las condiciones de su mercado con las del mercado de bienes manufacturados.

La penetración y profundidad del estudio de Nicholas Kaldor sobre "Imposición y Desarrollo Económico", hacen de esta conferencia una línea económica a seguir por los gobiernos que intentan alcanzar metas específicas por medio de la planeación económica, indicando que esto es factible en la medida en que se logre la distribución de los recursos, trasladándolos de los usos menos productivos a los más productivos. Para este autor, la esencia de la planeación consiste en proporcionar una estructura diferente en la utilización de los recursos, en relación con la predominante, que es producto del libre juego de las fuerzas económicas.

Podríamos enjuiciar el contenido de esta obra con las palabras siguientes: Como la planeación económica se lleva a cabo con miras al futuro, y como el futuro es necesariamente incierto, las marcadas discrepancias entre los logros reales y los objetivos propuestos, no denotan debilidad dentro del proceso de planificación, sino condiciones externas, muchas veces fuera del control de los economistas. Es-

to resulta particularmente cierto, cuando se aplica a las regiones esencialmente monoproductoras, en donde un cultivo constituye más de la mitad del ingreso nacional y en donde un cambio radical de las condiciones político-sociales e incluso atmosféricas, pueden producir cambios de consideración en la economía del país.

RAÚL BÉJAR NAVARRO

DE LA NOVELA COMO EXPERIMENTO

SALVADOR ELIZONDO, *Farabeuf (o la crónica de un instante)*. Serie del Volador, ed. Joaquín Mortiz, México, 1965, 179 pp.

Poeta, ensayista y crítico monstruosamente inteligente, fundador y director de la revista "Snob" (que pasó a peor vida pero que señaló una nueva dirección a las publicaciones literarias en México), autor de películas desconcertantes y desquiciantes, musicólogo que rebasa el terreno del amateurismo, traductor de una página del *Finnegans Wake* enriquecida con anotaciones que hubieran entusiasmado y sorprendido al propio Joyce, Salvador Elizondo nos entrega ahora su primera novela: *Farabeuf (o la crónica de un instante)*, novela del tiempo, de la memoria y del olvido pero, sobre todo, novela del amor en su más extrema manifestación: la del éxtasis de la tortura, la del ceremonial del terror, la de su perfecto cumplimiento en el rito sagrado, en el impenetrable misterio de la descomposición de la identidad personal, en el grado supremo de la belleza que colinda con el suplicio y la intervención quirúrgica. Utilizando procedimientos propios de ese género que se ha dado en llamar la "anti novela" y de Alain Resnais, Elizondo ha realizado el experimento más ambicioso e importante en la novelística mexicana de los últimos años. En *Farabeuf* todo sucede porque no ha sucedido nada, porque los personajes que continuamente cambian de identidad y sexo, que siempre son otros, los que alguna vez fueron o los que otra vez serán, se nos presentan, inmóviles, relatándonos un acontecimiento que aparece como final y principio, a la vez, de un acontecimiento que nunca sabremos —porque el olvido es más tenaz que la memoria— si fue vivido, o premonición o, simplemente el proceso que va a determinar la organización del sueño, de la imagen reflejada en un espejo, imagen que nunca sabremos si fue la nuestra o la de ese otro que es —o que nunca podrá ser— el yo que es otro. El personaje que nos relata la infinita crónica de un instante es yo, ese lector capaz de ser todos los personajes físicamente vivos al través de una fotografía o de un cuadro de un pintor veneciano, de las respuestas de la ouija, del zumbido de una mosca (reminiscencia y homenaje a la *Livia* de Visconti), de una gota de lluvia contra el cristal empañado de una ventana, de una estrella de mar que recuerda un signo chino, un número cabalístico, la disposición corporal de un magnicida que sufre el más terrible suplicio. Edad,

tiempo y sexo se trastornan, se transforman en esta crónica de un instante que trasciende la eternidad del olvido y el descubrimiento de la memoria y en el que el horror se nos manifiesta como la única, posible forma, la más extrema y hermosa de la real imaginación del fenómeno amoroso. Nunca sabremos si fuiste tú —o sea el yo que eres, que soy tú, que soy, invariablemente el otro— ese doctor Farabeuf que sube las escaleras provisto de un instrumental quirúrgico minuciosamente descrito (como en los buenos tiempos de Testut, Collin, Chassaignac, Gigli), o la Enfermera que será siempre otra a fuerza de no ser ella misma mientras no recuerde el olvido del olvido o la disposición causal: *yin, yang* mutante *yin; Yin* mutante, *yang, yin*; o si soy yo la persona que te sueña que te estoy olvidando a fuerza de recordarte y haber perdido la memoria; o si soy yo el que sufre el suplicio en Pekín en el glorioso año de principios de siglo —hombre o mujer porque sexo y accesorios han sido previamente murilados a la toma de una fotografía que volverá eterno el instante de la muerte y propiciará el desencadenamiento del amor— el que organiza el sueño que nos hará perdurables, abuelos de la muerte, conjunción perfecta del día con la noche, de la vida con la inmortalidad, de la posibilidad de la resurrección de la carne con el tormento físico del amor. En *Farabeuf*, ese instante que se prolonga infinitamente (porque nunca ha sucedido temporalmente o porque, precisamente, ahora, "ahora", *ahora*, va a acontecer realmente, ¿realmente?) es la imagen de una muerte que sería más la muerte si se viera reflejada —y, acaso, falsamente— en un espejo que nos viera morir y, por tanto, amar. En *Farabeuf*, ese instante que se prolonga infinitamente es la realidad del hechizado que consigue su propio hechizamiento, del método adivinatorio que nos hace invulnerables y perennes, de aquella terrible, hermosa visión que propició que tu cuerpo —siempre el de otro— lograra convertirse en el mío y, así, en el mío cuerpo que siempre es el de otro, en la organización perfectamente sistematizada de un sueño —que no conoce los límites de la pesadilla— en la que logramos soñar el invento del sueño gracias a la mágica crueldad del olvido y a la feroz batalla contra la memoria.

JUAN VICENTE MELO,